

Baila alrededor de tu sed

En el itinerario cuaresmal, escuchamos hoy un bello relato que nos invita a visitar nuestras sedes y el agua que buscamos para saciarlas. Los catecúmenos que serán bautizados en la noche pascual, en la liturgia de hoy, se acercan al simbolismo del agua bautismal.

Llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llegó una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». (Jn 4,5-7)

Jesús está cansado y sediento y pide agua a la mujer. La primera sorpresa es que el autor del evangelio quiso integrar en su relato dos necesidades básicas de Jesús (el descanso y saciar la sed) y su deseo de satisfacerlas. Solemos desvalorizarlas como si formaran parte de una dimensión menor de su vida, su humanidad. Simone Weil, filósofa y mística, lo interpreta de otra forma:

Cristo curando a los tullidos, resucitando a los muertos, etc.: esa es la parte humilde, humana, casi baja de su misión. La parte sobrenatural es el sudar sangre, el deseo insatisfecho de consuelos humanos, la súplica por salvar la vida, el sentimiento de haber sido abandonado por Dios. (...)

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Ahí está la verdadera prueba de que el cristianismo es algo divino.

San Bernardo, al escribir sobre la Encarnación del Verbo, dice que Él es «la luz apagada, la palabra enmudecida, el agua sedienta, el pan hambriento». ¿Qué quiere decirnos Bernardo con estas expresiones paradójicas, que no podemos confundir con un artificio literario? Creo que está intentando transmitir su propia experiencia del Misterio de Dios. Es que Dios es agua porque es pura sed, es presencia porque es ausencia, es Palabra porque es silencio... La abundancia de Dios es su mendicidad. ¿Quieres encontrarle? Avanza por el camino de tu sed, avanza por donde no ves ni sientes, y escucha el silencio como el centinela que espera la aurora.

Sentir sed es una experiencia difícil. Existen muchas sedes en nuestras vidas (cada uno conoce las suyas): la falta de esperanza y de horizonte, un cotidiano pesado y sin sentido, la carencia de afecto, una enfermedad, una memoria que sigue atormentándonos... Cuando abandonamos nuestras narrativas defensivas y nos permitimos sentir lo que llevamos dentro, emerge el mapa de nuestras sedes. Y lo que todos deseamos es apagarlas lo más rápidamente posible.

Jesús, el sediento, lo encontramos junto a los pozos donde vamos corriendo con nuestros cubos para calmar nuestras sedes: «Si tú conocieras del don de Dios». Él sabe que, en definitiva, nuestra sed es solo una.

¡Bienaventurados los sedientos!, porque vivirán en camino hacia la fuente. En el camino hacia la fuente, descubrimos que nuestra sed es nuestro pozo. Podemos vivir de nuestra sed, porque ella es el lugar de encuentro con el Sediento. Baila alrededor de tu sed; haz la fiesta más improbable. Tu sed es una fuente que corre en ti para la vida eterna.

Hay un verso de Thomas Merton que podría haber sido dicho por Jesús:

*Si en el calor no encuentro agua para mi sed,
manantiales mi sed te dará, pobre viajero.*

Jesús se encarna en nuestra historia como agua sedienta y se va de en medio de nosotros sediento.

Jesús, sabiendo que todo se había cumplido, para que también se cumpliera la Escritura, exclamó: - Tengo sed. (...) -Todo está cumplido. E inclinando la cabeza, entregó el Espíritu. (Jn 19,28.30)

La sed es la condición de Jesús. La sed es la condición de sus discípulos. La sed es la condición de todos los seres humanos. El agua, aquella que Jesús nos da con la promesa de que no volveremos a tener sed, es su más profunda comunión con la sed de cada uno de nosotros.

De tu sed hiciste manantial. Tu sed es mi fuente. ¡Oh milagro pascual!

*Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios? (Sal 41,3)*

<http://www.monasteriodesobrado.org/>